



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

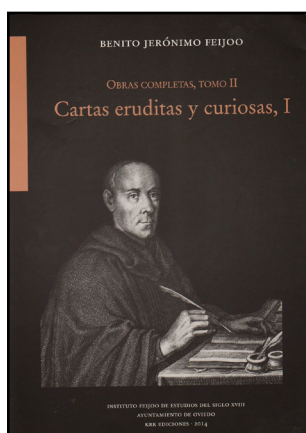
Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 22 (2016)

Benito Jerónimo FEIJOO (2014), *Obras completas, tomo II. Cartas eruditas y curiosas, I*, Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII – Ayuntamiento de Oviedo – KRK Ediciones, 712 pp. Edición crítica de Inmaculada Urzainqui y Eduardo San José Vázquez; estudio introductorio de Inmaculada Urzainqui; colaboradores: Víctor Álvarez Antuña, Pedro Álvarez de Miranda, Silverio Cerra Suárez y Jorge Ordaz Gargallo.

Benito Jerónimo FEIJOO (2014), *Lidiando con sombras. Antología*, Oviedo, Ediciones Trea – Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, 256 pp. Edición de Elena de Lorenzo Álvarez, Rodrigo Olay Valdés y Noelia García Díaz.



Los que nos dedicamos de alguna u otra forma a las humanidades, en los primeros pasos asimilamos que, para entender nuestro presente, tenemos que conocer nuestro pasado. Y la consigna nos parece obvia, pero cuando se imponen los días que nos tocan vivir más allá de libros y relatos percibimos que también hemos de conocer el pasado porque, quizás, no explica el presente. Nuestra capacidad para indagar entre las luces y las sombras de la realidad se benefició hace ya tres siglos con una obra incomparable para el asiento de la actitud crítica en el amplio espectro de lo humano, lo artístico y lo científico de nuestro presente histórico, para ayudarnos a reconocer que, más allá de las respuestas, son las preguntas el principio hacia cualquier verdad que pretenda buscarse.

Los catorce tomos del *Teatro crítico universal* y los cinco de las *Cartas eruditas y curiosas* del beneditino Benito Jerónimo Feijoo suscitaron tantas voces favorables como contrarias, pero su conjunto se conforma, sin lugar a dudas, como la obra de referencia de la primera Ilustración del siglo XVIII. Su proyecto para el progreso cultural, que pasaba por la reforma

intelectual, por el estímulo del pensamiento crítico, por el *desengaño de errores comunes*, dispone una tarea crítica que renueva el destino de la razón y el conocimiento que nace de ella. Las tiradas de los ejemplares alcanzaron un número de copias desconocido hasta el momento —tres mil del quinto y sexto volumen de *Teatro crítico universal*, según el propio autor en el prólogo de 1734— y se calcula que fueron unos trescientos mil los que estuvieron en circulación.

Desde 2014, coincidiendo con el 250º aniversario de la muerte de Benito J. Feijoo, contamos con dos obras del Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII (Universidad de Oviedo) que los lectores, especializados o no, podemos celebrar. Dos trabajos de formato bien distinto pero con un centro común: el legado de la referencia más trascendente de nuestra primera Ilustración.

Lidiando con sombras, que editan Elena de Lorenzo Álvarez, Rodrigo Olay Valdés y Noelia García Díaz, se presenta como antología esencial de la obra feijoniana; un libro indispensable y riguroso en un formato amable para un público más amplio que el que suele acudir a su obra. En ella lidera la voluntad por captar el espíritu feijoniano a través de su diversidad temática sobre el respeto a la unidad de los escritos: acoge fragmentos expresivos de aquella primera Ilustración a través de los ojos y las letras de este enorme intelectual, y lo consigue, de forma inteligente, trascendiendo el índice de la obra y la necesidad de reproducir los ensayos completos. Además, junto a los ensayos de su célebre *Teatro crítico universal* y las famosas *Cartas eruditas y curiosas*, la selección considera su epistolario —el que se conserva tras la pérdida de gran parte de su volumen debido a las desamortizaciones y el incendio del monasterio de Samos en 1951, donde se localizaba— y su producción poética. Es decir: todos sus escritos. Se presenta basada en «la más compleja de las ediciones conjuntas [...]: la preparada por los monjes de Samos y dada a las prensas en la imprenta de Blas Román en Madrid de 1781» (p. 21). El cuidado procurado marca la prestancia de esta edición, la cual se sirve, a su vez, de las primeras ediciones de sus tomos, así como de la otra edición conjunta de sus obras, la promovida por Campomanes y publicada en Madrid en 1765.

Principia con una introducción en 25 páginas que proporcionan una breve pero clara y certera caracterización del autor, obra y significación histórica a través de una «Nota introductoria». Esta sigue con la información precisa sobre las líneas por las que se rige la antología y la edición, una breve pero esencial bibliografía sobre Feijoo y, por último, se ofrece una cronología con las fechas más destacadas de su vida y obra. Tras varias ilustraciones representativas de la producción de Feijoo, la antología se despliega a través de diversos epígrafes de criterio temático que recorren los frentes y los propósitos más significativos de la obra de Benito Jerónimo Feijoo; cada uno de ellos presentado por un texto introductorio en el que los editores señalan los motivos, las razones y los caracteres que fundamentan las actitudes formadas y los asuntos abordados desde una perspectiva global que, además, advierte de su evolución en el conjunto de su obra. El primero, «Lector mío, seas quien fueres» —citando las palabras que inician el que fuera el primero de sus prólogos—, reúne varios de los prólogos que presentaron los tomos tanto del *Teatro crítico universal* como de las *Cartas eruditas y curiosas*, que, como indican los editores, «constituyen un verdadero espacio no ya de persuasión, sino de presentación y de reflexión sobre la propia tarea y sus avatares» (p. 35). La evolución queda patente; cuando se llega al último de ellos, aquel anónimo lector se había convertido en «un lector amigo». Sigue el capítulo «La luz de la razón lidiando con las sombras», en el que se pone de manifiesto la motivación común y principal de la renovación ilustrada que en nuestras fronteras capitaneó Feijoo: la apuesta por acabar con las sombras que conforman una realidad dominada por el miedo, la superstición y las autoridades infundadas, a través de la luz

de la razón y la experiencia. Por medio de los textos seleccionados, el P. Feijoo cuestiona la ignorancia, esa voz que nace y se autocomplace felizmente en el desconocimiento y el error; expresa la excesiva sutileza con la que considera que se ha intentado hallar la verdad hasta el momento; señala e impugna con contundencia la impostura de los falsos sabios: su arrogancia y verbosidad, su «prudencia para distinguir los tiempos y materias en que se ha de hablar o callar», su «aire de majestad», su «gesto artificioso» o la superficialidad de su conocimiento (pp. 50-53); subraya el perjuicio que produce en el hallazgo de la verdad la adhesión terca e irreflexiva tanto a las antiguas máximas filosóficas como a la filosofía moderna: «el verdadero filósofo no debe ser parcial ni de este ni de aquel siglo» (p. 53); nos permite conocer su aplicación del método crítico a la tarea de historiar, es decir, las bases de una nueva Historia (pp. 54-57), que bien enlaza con las líneas de elogio que dedicara a la *España Sagrada* del P. Flórez (pp. 72-73); combate las creencias establecidas y socialmente aceptadas sin atisbo de crítica racional, para entender las «observaciones comunes» como «un trampantojo con que la ignorancia se defiende de la razón; un fantasma que aterrera a ingenios apocados; y coco [...] de entendimiento de niños» (p. 58); o defiende el método experimental frente al aristotelismo escolástico, así como ante la razón especulativa. Asimismo, este capítulo nos proporciona textos expresivos de la sagacidad, la hondura y la amplitud del pensamiento de Feijoo dirigidos al progreso de las ciencias, las humanidades y la cultura. El capítulo «Cuentos de niños y viejas» (pp. 77-107) reúne otro grupo de escritos cuyo denominador común es la crítica de las supersticiones y creencias populares, bien de carácter religioso bien pagano, ya impresas, ya orales: la astrología, la magia, la hechicería, los duendes y los espíritus... El titulado «Nuevos retos: vampiros y extraterrestres» (pp. 109-120), traslada el foco de atención a lo desconocido hacia la cuestión de la existencia de otras formas de vida, bien extraterrestres, bien referidas a entes como los redivivos o vampiros, seres cuyas apariciones abundaron en la prensa, la literatura e incluso informes del sureste de Europa a mediados del XVIII. La selección trae al frente una cuestión poco expuesta en la producción de Feijoo y que, según los editores, sigue la especulación abierta por los utópicos viajes a la Luna de Kepler, Wilkins, Godwin, Cyrano de Bergerac, así como por Fontenelle en el XVII y la nueva literatura de ciencia ficción que estrena Voltaire con el *Micromegas*. En este punto, Feijoo, se mantiene escéptico pero contempla la posibilidad: «aunque nosotros no conozcamos otras criaturas compuestas de cuerpo y espíritu que las de la especie humana, no se puede sin temeridad pensar que en los senos de la posibilidad no las haya, o, lo que es lo mismo, que Dios no pueda producirlas» (p. 111).

A estos les sigue el capítulo «La guerra y los tigres coronados» (pp. 121-133), en cuyos textos, Feijoo, como con probidad afirman los editores, «reflexiona sobre la guerra, sobre sus justificaciones y sus móviles, sobre los medios para evitarlas y sobre sus consecuencias económicas y sociales y cómo paliarlas» (p. 121), para ofrecer una nueva respuesta a la nueva heroicidad que requiere la patria: la paz, la difusión de las luces, el adelanto de las ciencias y las artes, la felicidad pública, que el mismo definirá como «aquél estado de abundancia y comodidades que debe procurar todo buen gobierno a sus individuos» (p. 147). «*La res publica*» (pp. 135-145) compone el perfil reformista que Feijoo manifiesta en dirección a la utilidad común. Los textos elegidos abordan la corrección de los abusos: la necesidad de un sistema tributario más justo, más proporcionados con respecto al exceso impositivo que se ejerce sobre el pueblo, así como un gasto público equitativo al esfuerzo tributario de los vasallos —«para el público es lo que sale del público» (p. 138)—. La reforma ha de introducirse lentamente y por partes, «que el pueblo apenas sienta el movimiento» (p. 141). Feijoo recrimina la codicia, pero también afea la prodigalidad en los príncipes e impugna a «los simuladores y embusteros», que «hacen el mayor número en la

población del orbe político» (p. 136). Los gobernantes intrépidos juzgan con facilidad, los tímidos paralizan el progreso de las reformas... alude a la opacidad de las cuestiones de Estado, «la razón de Estado es el universal motor del Imperio y razón de todo, sin serlo de nada» (p. 137). Feijoo incide en una falta de perspectiva y un exceso de tácticas efectistas y de populismo para la consecución de un proyecto a largo plazo.

El proyecto ilustrado reformista de Feijoo no se entendería si se desconsiderara la reforma agraria y su percepción de las violentas e injustas diferencias que separan a las clases privilegiadas de las del tercer estamento, en quienes se soporta el Estado. El epígrafe «Cuestión de clases: nobles, labradores y eclesiásticos» (pp. 147-158) recoge su defensa de la agricultura y de los agricultores en tanto a su utilidad frente a la improductividad y ostentación del estamento noble, al que es inherente el vicio de la vanidad. Se acoge igualmente su dura crítica del derroche de comodidades de su estamento clerical y su propuesta para tal, que se explicita en la dedicatoria de las *Cartas eruditas* al obispo de Oviedo.

Del pensamiento feijoniano sobre el sistema penal y procesal versa «La balanza de Astrea» (pp. 159-174), capítulo en el que se manifiesta su tendencia a reformas esencialmente utilitaristas para servir a un más justo y efectivo balance entre delitos y penas, así como a agilizar los procesos judiciales y proporcionar garantías en los mismos. Como afirman los editores, «concibe el castigo como herramienta de seguridad y escarmiento y, por ello, reclama una justicia severa y el estricto cumplimiento de la ley» (p. 160).

La antología se completa con los siguientes capítulos: «Muertes aparentes y suicidas» (pp. 175-190), que nos ofrece varios escritos sobre un tema que consternó a Feijoo, el error en el diagnóstico de la muerte —los entierros a vivos—, el cual le movió a recopilar casos testimoniados y a escribir, en diversos momentos de su vida, sobre modos de reanimación, así como a plantear la necesidad de la demora de los entierros; «Todo se nos figura barbarie» (pp. 191-200), que agrupa el razonamiento feijoniano contra la idea entonces generalizada de la supremacía cultural de Europa sobre el resto de culturas, así como su exposición de valores y logros de otros pueblos a través de «un cotejo de naciones»; «La polémica de los sexos» (pp. 201-206), el cual acoge la argumentación a favor de la igualdad intelectual de la mujer y la promoción de su participación en espacios más allá de la esfera doméstica expresado en su ensayo «Defensa de las mujeres» (1726), el que le convierte en el autor que inaugura este discurso en España; «La reivindicación de la cultura española» (pp. 207-218), que suma a la reivindicación de «los otros» la valía cultural y la celebridad de los españoles frente al desprestigio al que les sumen las fuerzas extranjeras; «Sociedad y sociabilidad» (pp. 219-238), en cuyos textos se razona muchas de las nociones que luego se moldearán dentro el discurso ilustrado de la *sociabilidad*: las modas, la apariencia, la urbanidad...; y «El debate literario» (pp. 239-253), en cuya selección de composiciones se acerca al lector a la postura intermedia que el autor adoptó entre el «barroquismo degradado» (p. 239) y los primeros movimientos de lo que conocemos como Neoclasicismo, y su apuesta por la naturalidad, el estima de una voz personal del escritor frente a encorsetadas imitaciones, así como el valor de la poesía más allá del mero entretenimiento y la estética.

En definitiva, un conjunto hábilmente trazado y expresivo del perfil intelectual feijoniano que, por primera vez, aglutina todos sus escritos.

Por otro lado, lo que en esta antología se fragmenta para proporcionar la manifestación de las tonalidades de la inmensa voz feijoniana, se dispone en toda su extensión y detalle en el segundo título que aquí se reseña. El primer tomo de las *Cartas eruditas y curiosas* (1742-1760), que publica el Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII de la Universidad de Oviedo inicia, tras quedar el proyecto detenido unos años, la serie de

Obras completas de Feijoo, propósito primordial del Instituto, concebido por José Miguel Caso González (†) y promovido en 1981 con el tomo I, *Bibliografía* —elaborado por el mismo José Miguel Caso González en colaboración con Silverio Cerra Suárez, a quienes va dedicado este volumen—. Esta primera edición crítica de la obra de Feijoo se publica con la exigencia investigadora y la diligencia que acostumbra el equipo del Instituto de Estudios de Oviedo. Concretamente, la «segunda» gran obra de Feijoo, que, a pesar de la insólita difusión que experimentó en su siglo, no ha vuelto a publicarse completa desde entonces. Preparada por Inmaculada Urzainqui y Eduardo San José Vázquez, junto a la colaboración de Víctor Álvarez Antuña, Pedro Álvarez de Miranda, Silverio Cerra Suárez y Jorge Ordaz Gargallo, la edición se basa en la edición príncipe del primer tomo impreso en el Madrid de 1742 y se contrasta con la primera edición conjunta promovida por Campomanes, que se publica en Madrid en 1765, y la costeada por el Monasterio de Samos, impresa en 1781 también en la capital. Asimismo, se agregan los textos inéditos que añade la edición de 1781 y que no ofrece la príncipe, para aglutinar un total de 47 cartas.

El tomo se inicia con un estudio introductorio de Inmaculada Urzainqui; un convincente trabajo en más de cien páginas que, lejos de introducir el tomo, constituye, por sí mismo, un estudio monográfico ambicioso y actualizado de peso que organiza y contrasta las aportaciones de un fondo bibliográfico tan amplio como disperso sobre la trayectoria personal e intelectual del padre benedictino —en el que la editora se expresa siempre contundente: «ninguno tuvo el liderazgo intelectual, universalidad de intereses, energía y amenidad expresiva, ni alcanzó tan portentosa resonancia y difusión» (p. 29)— y sobre el proceso de creación, los caracteres literarios e intelectuales y la significancia histórica y cultural de sus *Cartas eruditas y curiosas*, que bien ha de servir a los consiguientes tomos. En el primero de sus epígrafes (pp. 17-58), Urzainqui subraya la relevancia de los espacios gallegos y asturianos como centros de su desarrollo vital, sin desatender al contacto que mantuviese con Madrid a través de su estimada amistad con el P. Sarmiento —quien le proporcionará una influencia extraordinariamente positiva en los círculos intelectuales de la Corte—; como también los matices de su tardía salida a la palestra pública —«como la de Don Quijote» (p. 25)—, en la que intervienen decididamente factores como el aliento del sesgo comunitario y renovador de los benedictinos y la adecuación del clima intelectual que suscitan los *novatores* ya avanzado el siglo. Las páginas transitan la difusión de sus ideas a través de sus escritos polémico-apologéticos para, llegado el año de 1730, centrar el trabajo en el *Teatro crítico universal*. Entre 1740 y 1742, entre el *Suplemento* a las materias contenidas en los volúmenes antecedentes y el inicio de las *Cartas eruditas*, Feijoo se erige como máxima referencia y guía de la nueva cultura que ya se ha consolidado en las altas esferas del poder político, eclesial e intelectual, mientras prospera la actividad en las academias, en el naciente periodismo cultural y en la creciente publicación de obras como la *Poética* de Luzán o los *Orígenes de la Lengua española* y *Vida de Miguel de Cervantes* de Mayans, entre los muchos títulos que se lanzan con espíritu renovador sobre literatura, historia, medicina, ciencias naturales.... Urzainqui distingue una segunda etapa de producción en la que Feijoo, a pesar de estar aquejado por una débil salud y la avanzada edad, vivirá el periodo más apacible y placentero de su vida. En los casi veinte años que separan el primer y el quinto tomo de las *Cartas eruditas*, Feijoo, libre de compromisos académicos y de su responsabilidad como abad de San Vicente, se vuelca con incansable afán en la lectura y, cómo no, en la escritura, hasta el final de sus días. Urzainqui reconstruye a través de diversos testimonios el enriquecimiento de su poso intelectual con el acceso a las relevantes obras de la Ilustración europea que le proporciona el intercambio que mantiene con sus colegas y amigos: el *Spectator*, las obras de Newton, la *España sagrada* del P. Flórez,

así como la producción del jesuita Antonio Codorniú, Rollin, Solano de Luque, Nollet... Son años en los que se recrudece, igualmente, su relación con Mayans, con motivo de su alusión en la Carta VI del tomo II, en la que Feijoo reprocha su imitación estilística de Saavedra Fajardo (p. 44 y ss.). No obstante, Urzainqui diferencia el desencuentro con su contemporáneo de la buena disposición que Feijoo cultiva y encuentra en los círculos de poder, auspiciado por el respeto y el apoyo de los sucesivos monarcas desde finales del reinado de Felipe V (p. 47 y ss.). Información precisa y novedosa que la editora aduce y que indiscutiblemente favorece a que la sobresaliente producción y prestigio de Feijoo trasciendan la frontera del reino para difundirse en países como Italia, Francia, América, Asia y Portugal.... de lo que también, se ofrecen datos detallados (p. 51 y ss.).

«Del *Teatro crítico* a las *Cartas eruditas y curiosas*» (pp. 58-68), segundo epígrafe de esta introducción, atiende a las variaciones y continuidades generales que presentan las *Cartas* en tanto a sus motivaciones y objetivos. Si bien su fin es el mismo que el del *Teatro crítico* —desengañarnos de los errores comunes y las opiniones «vulgares»—, Urzainqui advierte tres razones que fundamentan las *Cartas*: el avance y la profundización en las materias, el traslado a la esfera pública de las cartas que hasta entonces pertenecen a su privacidad y que sustentan mucho de sus estudios en interacción con sus lectores, así como hallar en la epístola el más ágil y rápido de los formatos para incitar y desarrollar el debate intelectual y el pensamiento con criterio racional entre sus lectores. Ideas que se amplifican con un posterior y meritorio estudio de la poética de las *Cartas eruditas*, su construcción discursiva (pp. 78-88), sus líneas temáticas (pp. 88-97), así como estilo y estructura (pp. 97-108) en ulteriores apartados.

Debe destacarse la importante tarea de identificación que la experimentada investigadora acomete en el epígrafe «Corresponsales reales e imaginarios de las *Cartas eruditas*» (pp. 68-78), teniendo en cuenta que en las escasas epístolas conservadas nunca se consigna el nombre de la persona a la que va dirigida. Nombres reales y sospechas que licencian un avance en el conocimiento sobre las relaciones e influencias de Feijoo y, cómo no, en el de sus progresos intelectuales. Urzainqui, si bien asume que las positivas consecuencias que derivan de esta correspondencia para la publicación de su pensamiento pudieron influir en la suma de destinatarios ficticios que le permitieran tratar de todo aquello que era de su interés, expresa de manera meridiana su cercanía a Pedro Álvarez de Miranda al atribuir un origen real a muchas de ellas, frente a la idea generalizada que asume que sus destinatarios son esencialmente ficcionales, un mero recurso literario.

En la «Historia editorial de las *Cartas eruditas y curiosas*» (pp. 108-129) de esta introducción, se registra una comentada y exhaustiva bibliografía de las ediciones del siglo XVIII, diferenciando las independientes de cada tomo y las conjuntas, y las ediciones posteriores a partir del cotejo de los datos ofrecidos por José Miguel Caso González y Silverio Cerra con los más actuales dados por Enríquez Rodríguez Cepera. A continuación, se proporcionan las directrices que han modelado la presente edición crítica.

La edición de las *Cartas*, que ofrece inicialmente la reproducción de su dedicatoria a Juan Avello y Castrillón de la edición príncipe, así como las diversas licencias de la religión, del ordinario y la real y aprobaciones, fe de erratas, tasa y prólogo (pp. 137-168), se despliega acompañada de una esmerada anotación que, además de aportar las variantes nacidas del cotejo de las distintas ediciones —al mismo tiempo que se indican estas en cuerpo de texto con letra redonda junto a la pertinente referencia a la edición en cursiva—, agrega un aparato de notas explicativas y aclaratorias sobre cuestiones críticas, así como remisiones a los glosarios onomástico (pp. 585-594) y léxico (pp. 595-650) que asisten la edición al final del tomo, tras el «Índice alfabético de las cosas más notables» (pp. 569-582) que se presentaba en la edición original de la obra.

Tras una bibliografía (pp. 651-673) que reconoce tanto las obras y estudios citados como el «Repertorio y publicaciones periódicas» aludidas o manejadas por Feijoo, se añade a modo de apéndice la edición de la «Carta de Luis de Cueto al Padre Feijoo», texto esencial para la ilustración y comprensión de la polémica que entre ambos se disputó a raíz de que Feijoo señalara la falsedad de una noticia suya en la *Gazeta de Zaragoza*, a quien se refiere en la Carta 36, «Satisfacción a un gacetero».

El tomo, que también incorpora la reproducción de láminas ilustrativas, cierra con un siempre útil índice onomástico (pp. 687-706) y una tabla de contenidos (pp. 707-712).

En conclusión, una edición que inicia la recuperación de una de las obras más significativas de nuestra historia y que satisface, con creces, las más altas expectativas y exigencias de todo lector e investigador. Un paso firme para sumarse o reescribir con más detalle aquella famosa afirmación de Tzvetan Todorov sobre la trascendencia de la Ilustración: «no puede *pasar*, porque lo que ha acabado designando ya no es una doctrina históricamente situada, sino una actitud ante el mundo».

María ROMÁN LÓPEZ